

Un nuevo marco de relaciones culturales: España y América Latina, 1900-1939

Consuelo Naranjo Orovio
Instituto de Historia, CSIC

Al hablar de relaciones con América Latina, al referirnos al hispano–americanismo tenemos que detenernos en el movimiento regeneracionista español del cual forma parte, siendo un componente más del programa de regeneración nacional. Sin embargo, el gran peso que el hispanoamericanismo fue tomando desde los últimos años del siglo XIX y sobre todo en la década de 1920 hace que éste sea por sí mismo un movimiento con actores y programas propios. En nuestro estudio, nos interesa ver las relaciones culturales en ambas direcciones, es decir, no sólo la política cultural española desplegada por los gobiernos, sino también ahondar en los factores que convergieron a ambos lados del Atlántico y que hicieron posible el intercambio.

El llamado “desastre colonial” desencadenó una crisis en la conciencia nacional que derivó en que se repensara España como problema y como nación. Buscar la causa de la decadencia de España, decadencia moral, étnica, científica, económica, social, fue la tarea en la que se sumieron científicos e intelectuales de la llamada generación del 98. En este proceso de búsqueda y definición de la identidad española, en cuyo trasfondo estaba el sentimiento de derrota y el temor al avance anglosajón, América Latina ocupó un lugar importante y trataron de aprovechar la relación privilegiada que había entre ambos pueblos. Para unos pasó a ser una extensión de España, el lugar idóneo donde recuperar el prestigio perdido, una fórmula de superación y también de legitimación; mientras que para otros América era el lugar natural en el que los españoles se reconocían. Para éstos la cultura era la principal herramienta de acercamiento e intercambio (SEPÚLVEDA, 1994 y 2005).

Este regeneracionismo español encontró pronto elementos comunes al otro lado del Atlántico por lo que compartieron preocupaciones aunque los proyectos y soluciones que idearon fueron en muchos casos diferentes. Las desavenencias en las visiones regeneracionistas española y americana, así como en la misión que muchos creían que España tenía que desarrollar en América levantaron a veces polémicas enconadas. Por otra parte, el papel que se le concedía en estos momentos a la herencia biológica y a la “raza” como determinante de un pueblo motivó que algunos países americanos apostaran por el mejoramiento de la “raza” como solución a sus problemas, mientras que algunos intelectuales españoles insistían en que era la “raza”, la llamada “raza hispana”, el nexo de unión entre ambos pueblos, siendo este último aspecto uno de los puntos principales de la discusión (NARANJO y PUIG-SAMPER, 2000 y 2005).

El enfrentamiento del cubano Fernando Ortiz con Rafael Altamira encontró un seguimiento y respuesta más acertada en la correspondencia entre Ortiz y Miguel de Unamuno. Si bien ambos defendían que el concepto de cultura era el que tenía que prevalecer en las relaciones entre España y América sobre el de “raza”, Unamuno se muestra más reticente a aceptar plenamente el programa político de deshispanización de Ortiz, empeñado en una suerte de “sajonización” de la sociedad cubana paralela a la propia “europeización” de España. Unamuno se muestra favorable a la modernización, pero sin olvidar las raíces culturales hispanas, que centra sobre todo en la lengua común, algo que Ortiz no compartía en aquellos primeros años de siglo (SERRANO, 1987; PUIG-SAMPER y NARANJO, 1999; NARANJO y PUIG-SAMPER, 2003-04). Unamuno declaraba:

“Estoy convencido de que el idioma es la sangre del espíritu, de que se piensa con palabras, de que cada idioma lleva en sí, condensada a presión de siglos, toda una concepción de la vida y del mismo universo, y de que quien habla internamente en español, en español pensará, créalo o no lo crea, quiéralo o no”.

Mientras para un sector importante había que modernizar a España, abrir las puertas a la ciencia y a los países más desarrollados, para otros había que recuperar el pasado glorioso, siendo América y la historia la clave para ello. Para ambos, hay que decir, que este último punto fue importante y constituyó una pieza clave en sus programas.

Fueron las diferentes concepciones de lo que había sido el papel de España en América lo que marcó la diferencia entre el hispanoamericanismo conservador y el hispanoamericanismo liberal y laico del que aquí nos ocuparemos al ser este último el que ideó el programa de actuación respecto a Hispanoamérica. Ambas tendencias gozaron de seguidores en América latina y ambas tendencias estuvieron representadas en algunas de las instituciones hispanoamericanistas más importantes como es el caso de la Unión Hispanoamericana. Las diferencias entre ambas y su evolución en el tiempo han sido analizadas por José Carlos Mainer, Isidro Sepúlveda, Nuria Tabanera, Antonio Niño, Pilar Cagiao, entre otros, por lo que no voy a insistir en ello (MAINER, 1987; SEPÚLVEDA, 2005; TABANERA, 1993 y 1996; NIÑO, 1992 y 2001; CAGIAO, 1997). Tampoco hablaré de los proyectos lanzados desde la burguesía comercial, fundamentalmente catalana, que vieron en América un lugar apropiado para sus intereses comerciales y mercantiles. El libro de

Gabriela Dalla Corte sobre *La Casa de América de Barcelona* da cuenta de ello (DALLA CORTE, 2005).

En la política exterior española respecto a Hispanoamérica la cultura fue el elemento vertebrador. Como afirma Carlos Rama, a través de la cultura se logró superar viejas rencillas políticas y trabas económicas. Y fue bajo el paraguas de la cultura, la historia compartida, la lengua y la raza que se desarrollaron proyectos económicos, políticos y educativos concretos tanto desde el Estado como desde sectores privados. Sin embargo, pese a los esfuerzos que algunos gobiernos desplegaron hay que decir que faltaron recursos, tiempo y hombres para llevar a la práctica los planes que se quedaron en muchas ocasiones en mera retórica. Por otra parte, hay que señalar que la intención de España de presentar los cambios y el proceso modernizador que se estaba llevando a cabo chocó con la reticencia de algunos intelectuales americanos que siguieron teniendo la idea de una España arcaica y tradicional (RAMA, 1982).

El interés de los gobiernos y de la sociedad civil en América Latina, el auge del hispanoamericanismo era para algunos una ocasión que no debía desperdiciarse. Fruto de este interés son las numerosas instituciones educativas, culturales y económicas que surgieron en España en el período que estudiamos. A la ya comentada Casa de Barcelona, nacida en 1911, hay que añadir la *Sociedad Libre de Estudios Americanistas*, fundada en Barcelona por Vehils en 1910, la *Biblioteca América*, analizada por Pilar Cagliao en el libro *Cien años de la Biblioteca América. Cien años de la Biblioteca América*, así como centros, institutos, bibliotecas y cátedras sobre estudios americanistas en Valladolid, Sevilla, Madrid, Barcelona que de forma privada o en combinación con la Junta para Ampliación de Estudios concedieron becas para estudiantes americanos y propiciaron el anhelado intercambio cultural. Instituciones que trataron sin éxito agruparse en una única organización bajo el nombre de *Entidades Hispano-Americanistas* (CAGIAO, 2004).

La mayoría de estas instituciones y asociaciones, públicas y privadas, trabajaron sin coordinación, lo cual trató de solucionar el gobierno de la República al incorporar en sus competencias en materia de política exterior la propagación y el intercambio cultural (TABANERA, 1996).

Junto a las instituciones y entidades que fueron creándose, hay que destacar la actividad académica e intelectual surgida en el seno de la Universidad de Oviedo, donde un grupo de profesores puso en marcha un programa americanista como “*una empresa de cultura y difusión del pensamiento español en América*”. Dicha empresa fue anunciada por el Rector de la Universidad, Dr. Canella, en las cartas que en 1908 envió a las autoridades académicas.

Rafael Altamira es el hombre que llevó a cabo con mayor intensidad este programa, un programa en el que la educación y la cultura eran las piezas claves para la transformación de la sociedad y el acercamiento de los pueblos. Su formación krausista y positivista marcó toda su obra y su concepción de la educación y la historia. Sus obras recogen la idea que él tenía de cómo debían establecerse esas relaciones: *España en América* (1908), *Mi viaje a América* (1911), *España y el programa americanista* (1917), *La huella de España en América* (1924) son algunos de sus principales trabajos de una vasta obra (ALTAMIRA, 1911, 1917 y 1924; ASÍN, 1988).

En muchos aspectos sus postulados eran similares a los de otros intelectuales. En estos primeros años, cuando Altamira realiza su viaje por América, recorriendo durante casi

un año, desde mediados de 1909 a 1910, siete países –Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y Estados Unidos– resalta el carácter académico de su visita y del programa americanista, por el que se pretendía establecer un intercambio de doble dirección, indicando que no contemplaba la españolización intelectual de América (ALTAMIRA, 1924). Evocaba una “patria hispana común” sustentada en un único espíritu, que con un mismo idioma debían de fomentar la unión y no el distanciamiento:

“Hablamos en nombre de la España que quiere ser así, y que si no fuera así, preferiría dejar de ser, y que apetece lavar sus culpas de imperialismos pasados y quiere ser ahora el porta-estandarte de la fraternidad entre las naciones, el mantenedor de los derechos nacionales y del respeto a todas la independencias”.

En un terreno más político y de reflexión general sobre las relaciones de España con los países americanos, sobre todo ante las críticas recibidas por Altamira por algunos intelectuales como el ya nombrado Fernando Ortiz en su *Reconquista de América*, publicada en 1910, quien veía en este hispanoamericanismo, basado en la raza y en la lengua, un nuevo intento de dominar América, sin intentar comprender ni mucho menos respetar las identidades y las culturas de los países americanos, Posada se mostraba más humilde respecto a la posición cultural de España y recomendaba en primer lugar, como los institucionistas más clásicos, salir del estado de somnolencia, oxigenar la atmósfera de vulgaridad y ramplonería, colocar en la raíz de nuestra conducta exigencias éticas de severidad, sinceridad y trabajo desinteresado, para ofrecernos después a América como amigos y colaboradores, desechando la imposición de una reconquista espiritual (ORTIZ, 1910).

Tras su regreso de América en 1910, Altamira elaboró un plan en el que insistía, como lo hiciera Labra, en la necesidad de crear un organismo que se encargara de las relaciones con América Latina. En ese momento la propuesta que Altamira hizo al gobierno era la de fundar un *Centro Oficial de Relaciones Hispano-Americanas*. Unos años después, en 1917 en *España y el programa americanista* lanzaba un plan más ambicioso en el que contemplaba desde cuestiones organizativas del cuerpo diplomático, hasta cuestiones económicas, y medidas relativas a las comunicaciones y a la emigración y a colectividades de emigrantes a las que, como otros intelectuales y políticos, les concedió un papel importante en el forjamiento y mantenimiento del intercambio entre España e Hispanoamérica. Algunos de los contenidos de este proyecto, como el de otros intelectuales voceros de un hispanoamericanismo laico y liberal, fueron puestos en marcha durante la dictadura de Primo de Rivera. Ello ha incrementado la confusión entre las ideas de las dos corrientes hispanoamericanistas (ALTAMIRA, 1917).

En este punto hay que decir que, en general, la lentitud con que se llevaron a cabo las pocas reformas en la política exterior española respecto a América fue la tónica general del período que nos ocupa (por ejemplo en 1916 se elevó la Legación española en Buenos Aires al rango de Embajada), bien por falta de presupuesto, bien por la lucha de competencias entre intelectuales y diplomáticos, o bien por los cambios políticos. En este sentido hay que mencionar la creación de la *Oficina de Relaciones Culturales*, dependiente del Ministerio de Estado, y en la que los asuntos hispanoamericanos tuvieron un lugar

destacado, transformada en 1926 en *Junta de Relaciones Culturales* que imprimió un carácter más político que cultural a las relaciones con América Latina. De forma muy rápida dejar apuntado que la República de nuevo relanzó el proyecto cultural y pedagógico a través del *Plan Cultural Hispanoamericano*, en el que se trataba de conjugar intereses culturales y políticos (TABANERA, 1993 y 1996; NIÑO, 1992).

Como tónica general hay que apuntar que a España le preocupó más su imagen, la propaganda que de ella se hiciera –bien de su historia, bien de su nuevo proyecto modernizador– que el conocimiento de la realidad americana. Pocos vieron en Iberoamérica un lugar del que podría llegar conocimiento.

Para salir del aislamiento no sólo se buscó las conexiones con Europa y América en el pensamiento, la historia o la ciencia, sino que se desarrolló un importante programa de becas para enviar al extranjero a estudiantes y profesores, y traer a las aulas y centros de investigación de España docentes de otros países. Los viajes de Altamira, Posada y Vehils insistieron en los proyectos de cooperación educativa y cultural como la mejor vía de acercamiento. Como dijera Federico de Onís “... *he de pensar que todo lo que contribuya a relacionarse con otros pueblos será fuente de bien y de vida, y que todos los males que esa relación nos pudiera traer no serían nunca tan malos como el mal del aislamiento*”.

Entender la idea de nación y la concepción de la historia de España que tenían estos intelectuales es fundamental para analizar las relaciones entre España y América, para ver cómo América Latina se proyecta como parte de la historia nacional. América Latina se presenta como un elemento clave en el diseño de la política española tanto exterior como interior. Como apunta Mainer, Hispanoamérica es un punto más de apoyo para superar el problema interno español. Para todos recuperar las raíces hispanas sería el elemento aglutinador de la nación; el factor que le daría cohesión y fuerza a España (MAINER, 1987).

El proyecto de estos intelectuales emana del liberalismo nacionalista que también alimentó al discurso fascista de los años treinta y cuarenta fundamentalmente. La búsqueda de la nacionalidad y la defensa de la cultura española, común a todo este grupo regeneracionista se tiene que entender a la luz del proyecto liberal que pretendía articular un nacionalismo español por encima de los regionalismos y frente al renacimiento cultural de los mismos. La última obra de Isidro Sepúlveda aborda con gran acierto este aspecto político del hispanoamericanismo bajo el título *El sueño de la madre patria* (SEPÚLVEDA, 2005).

Un ejemplo de la búsqueda y defensa de la cultura, la historia y la nacionalidad es Federico de Onís o Américo Castro. Su concepción de la historia de España como una historia marcada continuamente por la conquista y la frontera hace que la historia de España se traslade al Nuevo Mundo, ampliándose, enriqueciéndose y diferenciándose, siendo, en palabras de Onís, la frontera o las fronteras los lugares donde mayor vitalidad tenía dicha cultura. Para él, la cultura española o hispana en su concepción más amplia sólo podía comprenderse a través de la búsqueda de la continuidad, las rupturas, los encuentros, los desencuentros, las desigualdades y las armonías en la historia; una historia que como para el resto de sus compañeros del Centro de Estudios Históricos, enfrascados en su proyecto nacionalista, tenía sus orígenes y su esencia en Castilla, y en el idioma español (NARANJO y PUIG-SAMPER, 2002).

En esta búsqueda del ser de España, Castilla fue elegida por muchos intelectuales como el alma que encarnaba la nacionalidad de España: Castilla austera, guerrera,

idealizante, quijotesca, sobria, serena como la define Menéndez Pidal en sus trabajos, y poetas y novelistas como Azorín o Machado. Una Castilla cuna del idioma y de la cultura española como interpretan y defienden los alumnos de Menéndez Pidal, entre ellos Américo Castro, Federico de Onís (BERNABÉU, 2002; BERNABÉU y NARANJO, 2007, en prensa).

Las redes de la cultura: la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas

En el siglo XX la búsqueda del nacimiento de una idea o de un proyecto cultural se plasmó en la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) en 1907. Una institución que tiene sus orígenes culturales en Fernando de Castro y especialmente Francisco Giner de los Ríos, artífices de la *Institución Libre de Enseñanza* de 1873 (LAPORTA, RUIZ MIGUEL, ZAPATERO y SOLANA, 1987; SÁNCHEZ RON, 1988).

La conexión entre los antiguos institucionistas y los miembros de la JAE es evidente. La JAE integró a los científicos e intelectuales que buscaban la regeneración de España tras el desastre colonial y la recuperación del prestigio cultural perdido. Estos nuevos institucionistas formaban parte de una segunda y tercera generación postgineriana, más científista y ciertamente apegada a una nueva filosofía cercana al positivismo menos revolucionaria en el sentido político y más reformista, ligada a los movimientos liberal-progresistas, pero siempre marcados por la figura emblemática del *abuelo* (Francisco Giner de los Ríos) y la rígida ética institucionista, muy bien representada en la JAE por la figura de su secretario, José Castillejo.

Portadores de un nuevo estilo ético antidogmático, tolerante en el terreno ideológico y religioso, concedieron un lugar destacado a la educación integral ya que creían que a través de ella se lograría el cambio deseado en la sociedad española, para lo que evidentemente había que empezar por formar buenos profesores, una idea que conectaría a la perfección con la del envío de pensionados al extranjero de la JAE, preocupada además por la europeización de España y la importación de saberes científicos.

Con su creación se pretendía terminar con el aislamiento para enlazar con la ciencia europea, además de preparar al personal encargado de las reformas con el contacto exterior, la difusión de su obra en América –algo que no era tan claro en los primeros momentos– y sobre todo en considerar el esfuerzo de las reformas como una empresa nacional, independiente por tanto de los vaivenes políticos y necesitada del concurso de intelectuales de diferente ideología.

El día 15 del mismo mes se constituyó la JAE bajo la presidencia del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Amalio Gimeno, con presencia de Santiago Ramón y Cajal, que inmediatamente sería nombrado presidente de la JAE, Joaquín Sorolla, Vicente Santa María de Paredes, Alejandro San Martín, Julián Calleja, Eduardo Vincenti, Luis Simarro, Ignacio Bolívar, Ramón Menéndez Pidal, José Casares, Adolfo Álvarez Buylla, José Rodríguez Carracido, Julián Ribera Tarragó, Leonardo Torres Quevedo, Victoriano Fernández Ascarza y José Castillejo, este último como Secretario de la JAE, con ausencia de José Echegaray, Gumersindo de Azcárate, Marcelino Menéndez Pelayo, Joaquín Costa, José Marv y José Fernández Jiménez.

Las funciones que se encomendaban a la JAE, por un decreto del 22 de enero, eran las siguientes: El servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España, las

Delegaciones en Congresos Científicos, el servicio de información extranjera y las relaciones internacionales en materia de enseñanza, el fomento de los trabajos de investigación científica y la protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior. Uno de los pilares básicos de la JAE fue su política de pensiones, esenciales para el desarrollo cultural y científico de España, de la que se beneficiaron – según Sánchez Ron– unas dos mil personas, que fueron pensionadas para trabajar en el interior, en Europa y en América, con dotaciones que oscilaban entre las 350 y las 650 pesetas mensuales (FORMENTÍN y VILLEGAS, 1992).

El 18 de marzo de 1910 se creaba en el seno de la JAE el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, como uno de los pilares de la institución. Aparentemente el nuevo Centro de Estudios Históricos se volcaba especialmente en las investigaciones históricas y filológicas propiamente españolas con un objetivo claro: la búsqueda de la identidad española. El objetivo americanista no aparece tan claro a primera vista, pero la inclusión de Rafael Altamira como encargado de una de las secciones parece indicar lo contrario. En el momento de la creación oficial del CEH, Altamira estaba regresando de su periplo americano del que volvía como el gran apóstol del hispanoamericanismo y pocos días después (14 de abril) en una conferencia pronunciada en la Unión Ibero-Americana, sugería:

“Pues bien; sabido es que hace poco se ha creado en España un Centro de estudios históricos, que va a ser a manera de una Escuela de altos estudios. Ese Centro, creado para organizar y perfeccionar aquel género de investigaciones, podría ser un organismo oficial de comunicación. Puesto que la Historia es un campo común, en gran parte, a los americanos y los españoles, cabría aquí, bajo la dirección de profesores nuestros y con la colaboración de otros hispano-americanos, concentrar una parte de la juventud estudiosa que quisiera saber y escribir la historia de su país, la cual vendría a realizar esa labor en nuestro territorio, en conjunción con los estudiantes españoles. Relacionado ese Centro, más o menos íntimamente, con los citados Institutos históricos americanos, ofrecería doble base de relación entre los trabajadores intelectuales de América y España”.

El 16 de abril de 1910 se encomendaba a la JAE la responsabilidad de las relaciones culturales y científicas con los países hispanoamericanos. Se ordenaba que se reservase cierto número de plazas a los estudiantes americanos en los centros de estudios e investigación de la JAE, dar todo tipo de facilidades a los mismos, enviar pensionados a América y delegados con funciones de propaganda e información, establecer el intercambio de profesores y alumnos, favorecer en España la publicación de obras científicas sobre América, fomentar el intercambio de publicaciones de la JAE con las de otras entidades científicas americanas y hacer obras de difusión. La real orden advertía también de que las acciones a emprenderse debían iniciarse con prudencia, tanto por la confluencia con otros organismos que ya actuaban en el mismo sentido de la cooperación con el mundo hispanoamericano como por la necesidad de que los encargados de las diferentes misiones tuvieran la preparación adecuada.

Fruto de la segunda preocupación, la de enviar a personas a América con suficiente preparación, fue el viaje de Adolfo G. Posada en mayo de 1910, catedrático como Altamira de la Universidad de Oviedo y que había recibido una invitación previa de la Universidad de La Plata, una de las más renovadoras de Argentina (GONZALÉZ POSADA, 1910 y 1911). La JAE le nombró como su primer delegado en el viaje que emprendía a tierras americanas y el fruto de sus impresiones de viaje fue publicado por la propia Junta en 1911. En su libro *En América. Una Campaña* apuntaba muchos de los objetivos del programa de Rafael Altamira, insistiendo en la necesidad de potenciar políticas de intercambio cultural a través del envío de profesores y de publicaciones, y rechazando cualquier idea que dejara traslucir intentos de hispanización de América (GONZALÉZ POSADA, 1912).

Posada alababa la creación del CEH como posible centro de investigación de la común historia de España y los países hispanoamericanos, y en el terreno de esta investigación de carácter histórico comentaba:

“La acción reflexiva, esa acción que tan de menos se echa en el campo de una posible y deseable cultura hispanoamericana, tendrá mucho que hacer para precipitar el influjo unificador de la historia ciencia. De una parte urge fomentar el estudio en común de esta historia común: la historia de España en América, y de América en relación con España en el período colonial y en los momentos determinantes de la revolución y de la independencia, hasta conseguir la plena y justa incorporación de la historia de la España precolonial, y del período colonial a las historias nacionales americanas...”

Posada recomendaba la inteligente distribución de las publicaciones, tanto en lo referente a intercambio científico como de propaganda, el ofrecimiento de los servicios organizados por la JAE, destacando especialmente al Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes, fomentando además las relaciones con los americanos que llegaban a Madrid. En lo concerniente al papel de la JAE en América, Adolfo Posada destacaba el intercambio científico, con el envío de personas de notoria competencia científica y la venida a España de los especialistas americanos, sin interferir en los intercambios de universidad a universidad que ya había propuesto Rafael Altamira.

Asimismo proponía el envío de misiones, delegados y pensionados, con objeto de estudiar las *“condiciones naturales, sociales y económicas de aquellos países”*, así como *“el proceso histórico de la formación de aquellas jóvenes nacionalidades”*, siempre con un cuidado exquisito para no crear la idea de reconquista, aún cuando Posada reconocía que era legítimo preocuparse por los intereses materiales de España, como de hecho lo hacían otras potencias europeas, sobre todo teniendo en cuenta el importante número de residentes españoles en territorio americano. La importancia de esta colectividad era tal que Posada recomendaba a la JAE la creación de Comités que representaran los intereses de la Junta en América para todo tipo de gestiones ante los centros científicos y docentes, tanto oficiales como privados, autoridades y particulares, que se ocupasen de las tareas de intercambio de publicaciones, se encargasen de la propaganda, se erigieran como centros de comunicación e información, gestionasen todo lo referente a misiones, representaciones y delegados de la Junta y les auxiliasen en todo lo necesario, algo ya manifestado en su correspondencia con

Cajal desde Buenos Aires con el apoyo de Torres Quevedo que también se encontraba en Argentina.

La labor iniciada en estos años se fue consolidando en los siguientes, en los que gran parte del trabajo recayó en los miembros del Centro de Estudios Históricos. En 1914 la JAE inauguraba sus relaciones con América Latina enviando a Menéndez Pidal a Argentina y Chile a impartir conferencias. A partir de la década de 1920 el renacimiento cultural español en el continente americano avivó los intercambios. De ello daba cuenta Américo Castro a Federico de Onís en las numerosas cartas que los amigos y compañeros se cruzaron entre Madrid y Nueva York primero y, luego, entre Buenos Aires y Nueva York, durante la estancia de Castro en Argentina (NARANJO y PUIG-SAMPER, 2002).

Esta “*ola de hispanoamericanismo*” como la calificaba Castro era una oportunidad que España no podía desaprovechar comentando al respecto:

“Lo de EE.UU. es una tontería al lado de lo que significa nuestra acción en América española. Ahí es una gota perdida en un mar infinito; aquí hasta los golfos saben en la Universidad de La Plata que el “filólogo” español va a dar clase tal día”.

El interés por la cultura española y el impulso oficial que ésta recibió dio como resultado, además de los cursos y conferencias en el extranjero, la creación de Institutos de español y de Cátedras o Institutos de Filología Española en distintos países como Italia (Florencia), Argentina (Buenos Aires, en 1923, y La Plata) o el Departamento de Estudios Hispánicos en Puerto Rico (Río Piedras, en 1926). La actividad desplegada dentro y fuera de España llegó a ser en algunos momentos, sobre todo en la década de 1920, bastante grande, lo cual llegó a causar cansancio a los pocos investigadores del Centro de Estudios Históricos, que se quejaban del inmenso trabajo y la falta de personal con que contaban.

En la empresa americanista la JAE contó con la colaboración de otras instituciones. La más antigua era la *Unión Iberoamericana*, fundada en 1884 con apoyo del ministro Moret y que solía actuar como un organismo semioficial.

Ambas estuvieron unidas por objetivos y personalidades como Ramón Menéndez Pidal, Blas Cabrera y José Casares, y como vocales, entre otros, Rafael Altamira, Américo Castro o Tomás Navarro Tomás. Sin embargo, el plan ambicioso de la JAE que, hay que decir, fue junto con el Centro de Estudios Históricos, la institución que desarrolló un intercambio mayor con América Latina y lo más parecido a una política cultural exterior practicada en estos años por otros países europeos, se vio limitado por la falta de presupuestos.

Respecto a América Latina se observa que tuvo una política diferente a la mantenida con Europa, a donde enviaba pensionados y profesores a formarse en las nuevas técnicas. Sin embargo, a América envió profesores a impartir conferencias y ocupar cátedras, y sólo a 3 profesores a realizar investigaciones en Argentina. La idea de que el progreso científico venía de Europa, sobre todo de Alemania y Francia, y de Estados Unidos condicionó la política de la JAE, considerada por algunos autores como paternalista.

También hay que comentar que la JAE no contó con un presupuesto extraordinario para el capítulo americano hecho que, como el anterior, fue denunciado por algunos

intelectuales como Altamira, vocal de la Junta entre 1921 y 1923, calificándola de error en el mantenimiento de las relaciones intelectuales (ALTAMIRA, 1924).

Como contrapartida, desde América Latina vinieron estudiantes becados y profesores a realizar investigaciones tanto en los laboratorios de ciencias como en los centros dedicados a las humanidades: Alfonso Reyes, los puertorriqueños Margot Arce (1929-1930), Rubén del Rosario (1929-1931), Antonia Sáez (1930-1931), Antonio S. Pedreira (1931-1932), Francisco Manrique Cabrera (1932-1934), Jorge Luis Porras Cruz (1934-1936), los cubanos Rita Shelton y Arsenio Roa, Rosenblat, entre otros (NARANJO, LUQUE y PUIG-SAMPER, 2002).

Un papel importante en la activación y financiación en parte del intercambio cultural lo tuvieron las colectividades de emigrantes españoles en América. La primera de todas fue la colectividad española de Buenos Aires, cuando en 1912 –tras el fallecimiento de Marcelino Menéndez Pelayo– ideó la creación de una cátedra de cultura española en la universidad argentina y dos años más tarde creaba la *Institución Cultural Española*, bajo la presidencia del Dr. Avelino Gutiérrez, con el propósito de mantener la primera y hacerse cargo de las actividades de intercambio intelectual en combinación con la JAE.

De forma similar se creaba en 1918 la *Institución Cultural Española del Uruguay*, con una cátedra que acogería la Universidad de Montevideo, presidida por el español Manuel Serra y también con el objetivo de combinar sus intereses con los de la JAE y la *Institución* de Buenos Aires. Ya habían pasado por Buenos Aires y Montevideo José Ortega y Gasset y Julio Rey Pastor en 1916 y 1917, respectivamente –precedidos por Menéndez Pidal quien sólo había estado en Buenos Aires en 1914– y a partir de la creación de la *Institución* de Uruguay desfilaron por las cátedras de Buenos Aires y Montevideo hasta 1935 personajes como Augusto Pi Suñer, Blas Cabrera, Adolfo G. Posada, Manuel Gómez Moreno, Gonzalo R. Lafora, José Casares, Pío del Río Hortega, María de Maeztu, Claudio Sánchez Albornoz, Manuel García Morente, José M^a Ots Capdequí y Gustavo Pittaluga, etc..

La misma corriente cultural se dejó sentir en otras partes de América. El 11 de noviembre de 1925 se creaba en México el *Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario*, bajo la dirección del rector de la Universidad Nacional. La JAE volvía a ser el interlocutor para esta asociación, que entre 1926 y 1930 contó con la presencia como conferenciantes de Fernando de los Ríos, Blas Cabrera, Luis de Zulueta, Américo Castro, María de Maeztu, Jorge Francisco Tello y Pío del Río Ortega, algunos de los cuales pasaron también por la *Institución Hispano-Cubana de Cultura*, creada en 1926 por Fernando Ortiz, quien también tuvo una relación privilegiada con la JAE. En el mismo año se creaba el Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de San Juan de Puerto Rico, dirigido por Federico de Onís, y dos años más tarde se creaba la *Institución Cultural Española de Puerto Rico*, dirigida por Rafael Fabián (CAGIAO, 2004; BERNABÉU y NARANJO, 2007, en prensa).

Se fueron tejiendo redes entre España e Hispanoamérica y entre los países latinoamericanos más próximos. Y así fue posible que los profesores españoles visitantes realizaran periplos por varias universidades. Un circuito fue Argentina–Uruguay–Chile; el otro Cuba–Puerto Rico–México; y otro Puerto Rico–Estados Unidos–Cuba.

En nuestro estudio sobre las relaciones culturales y científicas entre España e Iberoamérica uno de los países analizados ha sido Puerto Rico, recogido en el libro *Los*

lazos de la cultura (NARANJO, LUQUE y PUIG-SAMPER, 2002). Este caso específico, quizá el menos conocido en España hasta el momento, nos sirve de guía para observar cómo se fueron fraguando estas relaciones a través de algunas de las instituciones ya comentadas, y observar cómo en estas relaciones, en los intercambios se combinaron factores internos de España –políticos y culturales fundamentalmente en este caso concreto– con la realidad americana.

La red tejida entre España, Puerto Rico y Estados Unidos, pero fundamentalmente entre España y Puerto Rico, parte de 1916. Fecha remota en la que Federico de Onís, recién nombrado catedrático de la Universidad de Salamanca, se trasladó a la *Columbia University* de Nueva York como catedrático de lengua y cultura españolas, en el Departamento de Lenguas Romances, tras la petición que esta universidad realizó al Centro de Estudios Históricos de Madrid con el fin de organizar la enseñanza de la lengua, la literatura y la civilización españolas. Desde ese momento Onís actuó como delegado de la JAE y de la Junta de Relaciones Culturales en Estados Unidos y en Puerto Rico.

Desde Nueva York Federico de Onís sirvió de puente y conexión entre España, Estados Unidos y Puerto Rico; él fue el engranaje del intercambio y de las relaciones que en Puerto Rico comienzan el verano de 1925 en la Escuela de Verano de Español con la visita del filólogo, amigo y compañero de Onís, el profesor del Centro de Estudios Históricos, Tomás Navarro Tomás. El interés que su estancia suscitó en las autoridades de la Universidad de Río Piedras, sobre todo en el rector derivó en la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en dicha Universidad ligado desde el principio con el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la *Columbia University*. La idea de Federico de Onís consistía en hacer de la Universidad de Puerto Rico, a través de sus Cursos de Verano y ahora del Departamento de Estudios Hispánicos, el lugar de encuentro de estudiantes de los tres países, el lugar de fusión de las dos América y España, consolidando de esta manera lo que él llamo la “*triple alianza*”.

Aprovechando el interés suscitado en Estados Unidos por la cultura y la lengua españolas, hábilmente combinó los intereses del hispanismo con los del panamericanismo, trazando puentes entre los dos continentes y fomentando el estudio de la lengua y la historia españolas en Estados Unidos y en Puerto Rico. En la isla encontró como principal aliado al entonces rector de la Universidad, Thomas Benner, quien le respaldó en su proyecto de creación del Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico, en enero de 1927. Desde el momento de su creación, el Departamento de Estudios Hispánicos mantuvo una vinculación intensa con el Centro de Estudios Históricos de Madrid y con los investigadores que allí se dedicaban al estudio de la lengua, la cultura, el folklore y las tradiciones populares. Dirigido por Onís, D. Ramón Méndez Pidal y Tomás Navarro Tomás –director y secretario del Centro de Estudios Históricos– figuraban como directores honorarios del nuevo departamento. La escuela de Menéndez Pidal estuvo presente en el nuevo departamento a través de las continuas visitas de los investigadores del Centro de Estudios Históricos y de las estancias de estudio de algunos alumnos y profesores del Departamento de Estudios Hispánicos al centro madrileño.

Los vínculos se estrecharon con la creación de la *Revista de Estudios Hispánicos* (1927-1929), publicación cuatrimestral, con objetivos similares a los de la revista de filología que funcionaba en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Con su creación Onís perseguía que Puerto Rico, España y Estados Unidos tuvieran una empresa común, en la que intelectuales de los tres países se vieran implicados. A través de ella se perseguía

también, como se lo confesaba Américo Castro a Federico de Onís, en mayo de 1928, mantener la presencia de España en el continente americano y contrarrestar el avance norteamericano.

Los invitados españoles impartieron sus clases en los cursos regulares y en los de verano: Américo Castro Quesada; Ángel Valbuena Prat; Fernando de los Ríos; Samuel Gili Gaya; Manuel García Blanco, Tomás Navarro Tomás son algunos de los hombres que participaron antes y después de 1936 en los programas docentes de la Universidad de Puerto Rico, ya que este nuevo departamento, al igual que la Universidad en la que se fundó, fue para muchos exiliados republicanos españoles el lugar de acomodo y de trabajo hasta el final de sus días.

En su empresa Onís contó con el respaldo de la colectividad española en Puerto Rico, que en 1928, como ya dijimos, decidió crear en San Juan de Puerto Rico la *Institución Cultural Española*, bajo el auspicio de miembros de dicha colectividad. Bajo la presidencia de Rafael Fabián, esta Institución coordinó sus actividades con la JAE, con el Departamento de Estudios Hispánicos y con el Instituto de las Españas de Nueva York. Sus esfuerzos se dirigieron a financiar las cátedras que fueron desempeñadas por profesores españoles, organizar conferencias, y dar becas a universitarios puertorriqueños para cursar en España estudios sobre cultura española. El financiamiento de los viajes y estancias de los profesores hizo posible que su magisterio se duplicara, y en ocasiones la visita del doctor invitado por la Universidad coincidió con la del invitado por la Institución.

La difusión de la cultura y la lengua española, y la defensa del español y de las raíces hispanas de los pueblos de Hispanoamérica fue posible tanto por la colaboración estrecha mantenida a lo largo de estos años entre Onís, Benner, Menéndez Pidal y Navarro Tomás, y sus instituciones, como por el cambio de mentalidad y los cambios políticos que vivió Puerto Rico en las décadas de los veinte y treinta, un país que, azotado por una crisis económica y un fuerte descontento social resistía, desde determinados sectores y desde las principales posiciones políticas, los continuos intentos de “americanización”.

En la década de 1920 asistimos en Puerto Rico a la puesta en marcha de nuevas estrategias frente a Estados Unidos. Desde distintos partidos y con diferentes miras, autonomistas y nacionalistas, se esgrimieron planteamientos culturales a partir de los cuales reivindicaron su especificidad como pueblo y como nación, e incluso, desde las filas nacionalistas concentradas alrededor de Pedro Albizu Campos, reclamaron la independencia. La instrumentalización de la cultura, del discurso cultural, por parte de estos políticos fue a través de la búsqueda de las raíces culturales y la reivindicación de la cultura española una de las principales bases de dicha identidad.

En la búsqueda de la identidad puertorriqueña en pos de su definición y reafirmación frente a la cultura anglosajona se contempló a España de manera diferente a como se había hecho por parte de algunos intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX. En esta nueva valoración de la cultura y tradición española, además de ensalzar y rescatar los elementos positivos, se destacaron los comunes de ambos pueblos. Para estos intelectuales, literatos e historiadores, con distinto grado de hispanofilia, el idioma y la “raza” heredados de España eran las señas de la identidad propia puertorriqueña. La defensa de esta identidad cultural, la reafirmación de una cultura y una identidad propia, es el principal instrumento que utilizarán algunos políticos puertorriqueños (nacionalistas y autonomistas) para afirmarse como nación soberana en su lucha por mantener su status

como Estado Libre Asociado y no ser integrados plenamente en Estados Unidos. Su proyecto fue alimentado por los escritores de la Generación del Treinta, quienes ofrecieron una nueva visión de la historia y del pueblo puertorriqueño, sentando las bases de su identidad.

Aunque el envío de profesores levantó polémicas y críticas de los sectores más próximos a Estados Unidos, sin embargo entre la mayoría de los intelectuales el sentir fue diferente. España pasó a ejercer un nuevo papel, el de puente con Europa y vínculo con la civilización occidental frente a la temida absorción por Norteamérica. El conocimiento y la aproximación a España no sólo les proporcionaría un conocimiento de ellos mismos – “*conocer a España es como conocernos a nosotros mismos*”, escribían a la altura de 1930– era también el mejor medio intelectual de penetrar y conocer el alma europea: “...*Por España nos bañamos en plena civilización occidental, y con ella y por nosotros habemos de salvar y conservar nuestra civilización, lengua, cultura y buen gusto*”.

Estas palabras coincidían con los objetivos trazados desde España a principios de siglo por los hispanoamericanistas liberales, en su propósito de dar a conocer los cambios y avances que se sucedían en España y el firme propósito entre sus elites de modernización y apertura.

A manera de conclusión podemos apuntar que la existencia de las redes culturales, formales e informales, entre España y América en el siglo XX sirvieron no sólo para acercar desde otros postulados a España y sus ex-colonias, para aproximar sus culturas y diferentes realidades desde el respecto, la cultura y la ciencia, sino que lograron crear una comunidad científica e intelectual a ambos lados del Atlántico con intereses comunes y proyectos compartidos. Estas redes culturales que se fueron tejiendo e institucionalizando en algunos países mediante la creación de instituciones que propiciaron y regularizaron los intercambios fueron en muchos lugares las plataformas con las que los republicanos españoles contaron cuando tuvieron que exiliarse.

En esta nueva etapa que abre el exilio español, rebuscando las raíces de parte de los protagonistas, encontramos que muchas mujeres y hombres habían sido los artífices de las relaciones culturales que España fue tejiendo desde principios de siglo XX con el continente americano y Europa. Aquel quehacer, en muchas ocasiones solitario, sirvió años más tarde de plataforma para el asentamiento de los refugiados españoles en instituciones que años antes les habían acogido como profesores y conferenciantes. Aquellos lazos de cultura y de amistad que a lo largo del tiempo se fueron tejiendo, aquellas cartas y telegramas de ida y vuelta que encierran parte de nuestra historia cultural, todo ello se convirtió en un lazo de solidaridad. Las relaciones mantenidas con los países americanos, los vínculos culturales y de amistad, los viajes y estancias aquí y allá propiciaron no sólo la acogida de los refugiados sino también el que éstos recreasen en parte la cultura y la ciencia española en el exilio, una cultura que dejó de ser propiamente española y que tampoco fue plenamente mexicana, venezolana, argentina o colombiana; era una cultura nacida del intercambio y del éxodo, una cultura fruto de las experiencias adquiridas en España y América, una cultura hispanoamericana.

Bibliografía

- ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael, *Mi viaje a América*, Madrid, Liberia General Victoriano Suárez, 1911.
- , *España y el programa americanista*, Madrid, editorial América, 1917.
- , *La huella de España en América*, Madrid, Editorial Reus, 1924.
- ASÍN VERGARA, Rafael: *Historia de la civilización española*/ Rafael Altamira, Estudio preliminar y edición, Barcelona, Crítica, 1988.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador: “«Un señor que llegó del Brasil». Américo Castro y la realidad histórica de América”, en: *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 226, sep.–dic. 2002, Madrid, pp. 651-673.
- , “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)”, en: *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 235, sep.–dic. 2005, Madrid, pp. 755-772.
- y NARANJO OROVIO, Consuelo: *Historia contra la “desmemoria” y el olvido: el americanismo en el Centro de Estudios Históricos y la creación de la revista Tierra Firme (1935-1937)*, Madrid, Residencia de Estudiantes–CSIC, 2007 (en prensa), Estudio Introductorio y edición facsímil de la revista.
- CAGIAO VILA, Pilar, COSTAS COSTAS, Magali y DE ARCE ANDRATSCHKE, Alejandro: “El hispanoamericanismo regeneracionista y su proyección en la Galicia de principios de siglo”, en: Manuel ALCÁNTARA (ed.), *América Latina. Realidades y perspectivas*. I Congreso Europeo de Latinoamericanistas, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (CD), 1997.
- (coord.), *Cien años da Biblioteca América. Cien años de la Biblioteca América*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 2004.
- DALLA CORTE, Gabriela: *Casa de América de Barcelona (1911-1947): Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, Madrid, LID Editorial Empresarial S. L., 2005.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS SANZ, María José: *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, Mapfre, 1992.
- GONZÁLEZ POSADA, Adolfo: *Para América, desde España*, París, Lib. Paul Ollendorf, 1910.
- , “Relaciones científicas con América: Argentina Chile, Paraguay y Uruguay”, en: *Anales de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Madrid, Imp. Fortanet, 1911, pp. 230-315.
- , *En América, una campaña*, Madrid, F. Beltrán, 1912.
- LAPORTA, F., RUIZ MIGUEL, A., ZAPATERO, Virgilio y SOLANA, Javier: “Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios”, en: *Arbor*, CXXVI / 493, Madrid, enero 1987, pp. 17-87.
- MAINER, José Carlos: *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1987.
- NARANJO OROVIO, Consuelo y PUIG–SAMPER, Miguel Ángel: “Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano–cubanas, 1900-1940”, en: *Revista de Indias*, vol. LX, núm. 219, mayo–agosto 2000, pp. 477-503.
- , “Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico”, en: Consuelo NARANJO, M^a Dolores LUQUE y Miguel Ángel PUIG–SAMPER (eds.): *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la*

- Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC–Universidad de Puerto Rico, 2002, pp. 153-189.
- , “Los caminos de la regeneración en Fernando Ortiz: Su formación intelectual en España”, *Op. Cit.*, núm. 15, Río Piedras, Puerto Rico, 2003–04, pp. 311-348.
- , “Spanish Intellectuals and Fernando Ortiz (1900-1941)”, Maurico FONT y Alfonso QUIROZ (eds.), en: *Cuban Counterpoints: The Legacy of Fernando Ortiz*, New York, Lexington Books, 2005, pp. 9-37.
- NARANJO OROVIO, Consuelo, LUQUE, María Dolores y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (eds.): *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC–Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2002.
- NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: “La Segunda República y la expansión cultural en Hispanoamérica”, en: *Hispania*, vol. LII, núm. 181, 1992, pp. 629-653.
- ORTIZ, Fernando: *Las reconquistas de América*, París, Lib. P. Ollendorff, 1910.
- PÉREZ HERRERO, Pedro y TABANERA, Nuria (coords.): *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI–OEI, 1993.
- PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y NARANJO OROVIO, Consuelo: “Fernando Ortiz: herencias culturales y forja de la nacionalidad”, en: Consuelo NARANJO y Carlos SERRANO (eds.), *Imágenes e imaginarios nacionales en el Ultramar español*, Madrid, CSIC–Casa de Velázquez, 1999, pp. 192-221.
- RAMA, Carlos. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina: siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- ROLLAND, Denis, DELGADO, Lorenzo, GONZÁLEZ, Eduardo, NIÑO, Antonio y RODRÍGUEZ, Miguel: *L’Espagne, La France et L’Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XXe siècle. España, Francia y América Latina. Políticas culturales, propagandas y relaciones internacionales, siglo XX*, París, L’Harmattan, 2001.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (coord.): *La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, 1988.
- SEPÚLVEDA, Isidro: *Comunidad espiritual e hispano-americanismo, 1885-1936*, Madrid, UNED, 1994.
- , *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- SERRANO, Carlos: “Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz. Un caso de regeneracionismo trasatlántico”, en: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XXXV, 1987, núm. 1, pp. 299-310.
- TABANERA GARCÍA, Nuria: “Institucionalización y fracaso del proyecto republicano”, en: Pedro PÉREZ y Nuria TABANERA (coords.), *España/América Latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, AIETI–OEI, 1993, pp. 49-90.
- , *Ilusiones y desencuentros: La acción diplomática republicana en Hispanoamérica (1931-1939)*, Madrid, CEDEAL, 1996.
- VALERA, Javier: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.